

¿Es el proteccionismo la buena solución? Un debate entre Jacques Sapir y Michel Husson¹ *Viento Sur* Número 103/Mayo 2009 Publicado en la web de [Contretemps](http://Contretemps.org). Traducción: *Alberto Nadal*

[¿Cómo salir de la trampa que tiende a hacer de las trabajadoras y trabajadores de los diferentes países adversarios entre sí? ¿Qué medidas podrían frenar la degradación de la correlación de fuerzas que les opone a los patronos? ¿Cómo se articulan estas políticas con una estrategia económica de transformación social? Estos problemas constituyen el centro de una entrevista de la publicación en Internet Les Cahiers de Louise a los economistas Michel Husson y Jacques Sapir en junio de 2006. Hemos seleccionado de la entrevista los temas que se refieren directamente al proteccionismo y conectan mejor con los debates actuales. Complementamos la entrevista con un texto reciete de Michel Husson que polemiza con las propuestas de Jacques Sapir, en el contexto de la crisis económica].

Louise: ¿Cuáles son los términos del debate sobre las deslocalizaciones en materia de políticas públicas? ¿Son deseables medidas de tipo proteccionista?

Michel Husson: Existe un debate que se está desarrollando en ATTAC alrededor de la idea de las cláusulas sociales y de protecciones tarifarias. Si se adopta el punto de vista: "son las deslocalizaciones las que nos quitan nuestros empleos sometiéndonos a una competencia desleal de países con bajos salarios y sin respetar las normas sociales elementales", la respuesta inmediata es: "es preciso protegerse, por tasas o condicionando los intercambios al respeto de las normas sociales".

Este debate es complicado por varias razones. Primero, porque se razona en términos de intercambios entre países, olvidando un agente esencial en la organización de esos flujos, es decir, las firmas internacionales. Por tomar un ejemplo, existe un debate importante en Estados Unidos que trata sobre la amenaza que representan las exportaciones chinas, cuando casi la mitad de esas exportaciones son producto de las inversiones extranjeras en China, ¡por otra parte, en gran medida estadounidenses! En las corrientes de intercambios y los cambios de los lugares de producción tienen una gran importancia las multinacionales. La idea de un Norte virtuoso amenazado por un Sur desleal escamotea este aspecto de las cosas.

Segundo, en términos de medidas concretas, las cosas no son sencillas tampoco. Una pista de reflexión sugiere la instauración de tasas sobre las importaciones provenientes de los países de bajos salarios, cuyo producto sería entregado a un fondo de financiación del desarrollo. Sin embargo, si la tasa reduce significativamente los diferenciales de costes salariales, va a reducir los mercados de los países del Sur y por consiguiente el fondo corre el riesgo de quedarse un poco escaso.

Tercero, se plantea otra cuestión difícil. La competitividad de los países de bajos salarios no debe ser considerada demasiado rápidamente como desleal, puesto que sus niveles salariales más bajos corresponden ante todo a un nivel de desarrollo inferior. Por otra parte, en condiciones muy duras de explotación, las deslocalizaciones y una mayor integración en el comercio internacional han permitido a algunos de esos países, quizá no desarrollarse, sino en todo caso hacer evolucionar su estructura productiva. Se trata de un modo de desarrollo industrial ciertamente un poco bárbaro, pero que impulsa de una cierta forma a esos países.

¹ **Michel Husson** es economista, administrador del INSEE e investigador en el Institut de Recherches Économiques et Sociales (IRES). Es también miembro de la Fundación Copernic y del consejo científico de ATTAC. Ha publicado recientemente *Un pur capitalisme* (Ed. Page Deux. Lausana, 2008); **Jacques Sapir** es economista, director de investigaciones en el EHESS. Ha publicado recientemente *La fin de l'euroliberalisme* (Seuil, Paris 2006).

Otro problema: la orientación al exterior de esos países ha sido impuesta por los países del Norte a fin, por ir rápidamente, de permitirles financiar el reembolso de la deuda. Se les ha impuesto planes de ajuste estructurales que hacían de la exportación una prioridad. Y ahora, se les reprocharía lograrlo demasiado bien, ¡hasta el punto de pedirles poner un freno a su desarrollo!

Temo la idea según la cual las deslocalizaciones serían la causa única de los problemas de regresión social, pues pediría por única respuesta medidas de protección. A fin de cuentas, el problema de las vías proteccionistas -no es para mí un término peyorativo- es saber en relación a quien se protege. No hay tanto que apuntar a los países como el tipo de división del trabajo instituido por las multinacionales. De una cierta forma -es éste un aspecto del debate en el seno de Attac- Europa podría ser presentada como una entidad víctima de las presiones de la mundialización mientras que en numerosos terrenos juega un papel de acelerador: en particular en las negociaciones en la OMC, donde forma parte de las potencias que presionan sobre los países del Sur para abrir sus mercados públicos a las empresas europeas. No estoy pues contra una protección tarifaria al nivel europeo, pero estoy inquieto por el riesgo de hacer de ello la respuesta global y única al problema del empleo reducido al problema de las deslocalizaciones.

De forma más prospectiva, el objetivo debe ser sustituir las relaciones de competencia por relaciones de cooperación entre los países. Estas relaciones deberían estar fundadas en un tipo de intercambio que pasara por la estabilización de los precios de las materias primas y de las transferencias tecnológicas de forma que se favoreciera el desarrollo.

Jacques Sapir: Creo que hay que considerar esta cuestión ordenando bien los problemas.

Primer punto, no se puede hablar de *dumping* social o ecológico más que en la medida que, en países que tienen niveles de salario y de protección social muy débiles, se alcanzan niveles de productividad relativamente elevados. Pues evidentemente si los países tienen niveles de productividad muy débiles no se les puede pedir, sobre esta débil productividad, pagar a la vez una protección social y salarios decentes. Hay pues un primer problema, es que los países que hacen *dumping* social y ecológico no son los más pobres. Es por definición los países de la zona intermedia, incluso países ricos. Estados Unidos por ejemplo está en posición de *dumping* ecológico en relación a Europa. Cuando se habla de proteccionismo, se apunta más bien hacia los países intermedios que hacia los países más pobres.

Segundo punto, no se puede considerar el papel de las multinacionales sin introducir la noción de competitividad del territorio. Las multinacionales no tienen, en efecto, estrategias independientes de la evaluación que hacen de la competitividad de los territorios en los que se instalan. Sin embargo esta competitividad de los territorios depende del Estado. Volvemos pues a las políticas nacionales. Ciertos gobiernos han optado por políticas -se han visto empujados a ello ciertamente- de orientación hacia el exterior que consisten en aplastar deliberadamente el mercado interno y en volverse exportador-predador hacia el resto del mundo. Esta estrategia no funciona. Es imposible desarrollarse al nivel mundial sobre ese modelo, es una imposibilidad lógica: en efecto, el desarrollo impulsado por las exportaciones implica tomar permanentemente partes de mercados a otros países y no es pues generalizable. Así pues, de una cierta forma, va a ser necesario romper este modelo y, desde mi punto de vista, derechos de aduana sociales y ecológicos tendrían también por efecto obligar a los gobiernos a repensar la cuestión del desarrollo de su mercado interno. Es decir llevarles a otra estrategia de desarrollo más sostenible a medio y largo plazo.

Tercer punto, cuál es o puede ser la pertinencia de la Unión Europea para hacer frente a estos procesos. En este tema, hay que decirlo muy claramente, la Unión Europea, con sus diferentes comisarios, Pascal Lamy en particular, ha sido un vector de la liberalización del comercio internacional. Cuando se nos dice que la UE nos protege de la mundialización, es completamente falso y mentiroso. Las directivas europeas están lo más a menudo por delante

de las exigencias de la OMC. No es posible pues situarse al nivel de la UE para luchar contra las derivas liberales. Hay primero que *recentrarse* sobre la cuestión de las políticas nacionales puesto que a fin de cuentas todo remite a las políticas nacionales en un momento dado. Y abordar también la cuestión de las protecciones en el interior de Europa: no es posible tener un mercado único a 24 o a 25 si se tienen en cuenta las heterogeneidades sociales y políticas. Esto tenía un sentido para los 6 a 8 países del bloque inicial, pero hoy ya no lo tiene. El marco de la UE-25 es inadecuado y debe ser abandonado.

Cuarto punto, la noción de soberanía social. Si se decide, en el marco de un país, reforzar la política social pero aumentando los impuestos, son los individuos a la vez trabajadores y ciudadanos los que se beneficiarán de estas políticas pero soportarán también su coste. Si ahora se introduce, a través de un sistema de libre cambio, la posibilidad, para países cuyos niveles de protección social y salarial son muy bajos, de desestabilizar esta decisión política promoviendo deslocalizaciones, esto equivale a dar a otras personas un derecho de control sobre decisiones tomadas en otro marco. Sin embargo nadie sensato admite en una organización que individuos que no son miembros de ella se presenten en una reunión para votar. Hay que comprender que este potencial de desestabilización externa de opciones políticas y sociales es un fenómeno tan masivo que psicológicamente la población va a reaccionar de forma extremadamente violenta porque se siente profundamente desposeída de su derecho político más fundamental: el de decidir sobre la forma de impuesto directo e indirecto que paga y sobre su utilización. En un sentido el libre cambio nos lleva aquí políticamente a antes de 1789. Sigue siendo necesario recordar que la aceptación del impuesto está en la base del funcionamiento del sistema político. El día en que este consentimiento se pone en cuestión, el sistema político estalla. Concretamente, el fenómeno del libre cambio, entre países cuyos niveles de productividad y de estructura productiva son relativamente comparables, pone en cuestión el consentimiento al impuesto en razón de la desaparición de los efectos esperados en términos de garantías económicas y sociales. Debido a ello existe un riesgo importante de explosión del sistema político democrático.

El último punto se refiere a la cuestión de saber si el libre cambio ha favorecido el desarrollo de lo que se llama el Sur. Veamos primero la evolución de las cifras. Entre 2003 y 2005, los estudios publicados por el Banco Mundial que evalúan las ganancias para los países del Sur de la liberalización del comercio mundial han pasado de varios centenares de millones de dólares a casi nada. ¡Y de este casi nada lo esencial corresponde sólo a China! Además, si se tiene en cuenta la desaparición de los derechos de aduana resultante del libre cambio, en este caso el balance es muy claramente negativo para los países del Sur. Un estudio de la CNUCED muestra que la Ronda de Doha de la OMC podría costar a los países del Sur hasta 60 millardos de dólares mientras que no les aportaría más que 16 millardos de ganancias². Lejos de favorecer el desarrollo, la OMC y el libre cambio podrían contribuir de forma decisiva a la pobreza mundial.

Si es cierto que esta estrategia de orientación hacia el exterior ha funcionado relativamente bien en el caso de China y de algunos países de Extremo Oriente, no es generalizable. La especie de reticencia psicológica que se tiene en relación al proteccionismo se enraíza así en una imagen profundamente falsa del desarrollo económico de estos quince últimos años.

Louise: ¿Cómo articular el peso de la dimensión interna y el de la dimensión internacional para contemplar políticas económicas alternativas?

M.H.: En un país como Francia, se está en la intersección de dos determinaciones: las determinaciones relacionadas con la inserción en los mercados mundiales y las determinaciones sociales internas. Me parece que lo que se opone principalmente a políticas que dan al modelo social los medios de funcionar, de aumentar los impuestos para financiar los gastos sociales y

² Fernández de Cordoba, S. y Vanzetti, D. (2005) "Now What? Searching for a solution to the WTO Industrial Tariffs Negotiations. Coping with Trade Reform", Ginebra, CNUCED. Ver tabla 11.

repartir las rentas de forma equitativa, no es exclusivamente la presión del libre cambio. Son también relaciones internas ligadas al reparto de la renta. En los debates que hemos tenido sobre un programa alternativo en la Fundación Copernic, hay un argumento muy importante: es el peso de la renta financiera el principal obstáculo para una mayor justicia social. Y se puede mostrar que es posible llevar a cabo una política de justicia social a la vez que se respetan las exigencias de la competitividad -suponiendo que se admiten estas exigencias- a condición de hacer bajar las rentas financieras. Este reparto remite a una cuestión de relaciones sociales internas ciertamente sobredeterminado por el contexto global, pero que no se resume desde luego en las exigencias de libre cambio.

Esta importancia de las relaciones sociales internas, se vuelve a encontrar en los países del Sur. Asistimos en esos países a éxitos desiguales, pero todo el mundo está de acuerdo en constatar un aumento monstruoso de las desigualdades. El caso de China es absolutamente típico de esta evolución. Hay que prestar atención a esa imagen de países del Norte frente a países del Sur: oculta el hecho de que en los países del Sur también existe una capa social relativamente estrecha que se apropia de los beneficios de la inserción más o menos lograda en el mercado mundial. Hay pues una necesidad permanente de cruzar la dimensión de la mundialización con la dimensión de las relaciones sociales internas en los diferentes países.

J.S.: Sería el último en poner en cuestión la importancia de los efectos perversos de la liberalización financiera. Sin embargo, no estoy completamente de acuerdo con esta forma de presentar las cosas, por varias razones. En primer lugar porque se tiene un precedente histórico. La única vez que se ha intentado, en Francia, en 1982, un relanzamiento económico, se analizó mal la presión exterior y la apertura del déficit de la balanza comercial y de la balanza de pagos. Se ve claramente que políticas de relanzamiento cuando se está en situaciones de asimetría comercial ligada a fenómenos de libre cambio, es algo que no funciona. Si hubiera habido una voluntad de introducir un elemento de proteccionismo, el relanzamiento habría sido sin duda eficaz, y no habríamos sufrido el giro neoliberal de Delors que fue una consecuencia lógica -pero no inevitable- del fracaso de la política de relanzamiento.

El segundo punto concierne a la cuestión fiscal en los países desarrollados. Una de las consecuencias del libre cambio, es que la presión fiscal de las empresas es transferida hacia las familias. Cuando se mira la tasa de imposición directa e indirecta de las empresas -es decir a la vez los impuestos sobre los beneficios pero también los cuasi-impuestos que son las cargas sociales- se observa una disminución constante de la contribución de las empresas al gasto fiscal, evidentemente transferido a las familias. Entre estas últimas, una capa de familias de muy altas rentas disfruta de nichos fiscales. Cuando se alcanza un muy alto nivel de riqueza y se sabe jugar con los diversos instrumentos financieros abiertos por la liberalización financiera, se logra en efecto proteger una parte de las rentas. En el punto opuesto se encuentran las familias que no pagan prácticamente impuestos directos.

El impuesto directo por consecuencia va a pesar cada vez más sobre las clases medias, ya confrontadas a un problema de aportación a sus jubilaciones y de amortización de la crisis social por medio de transferencias intergeneracionales. Luego, se va a retransferir una parte de la presión fiscal sobre las familias de bajos salarios por medio del IVA. Y para evitar que la situación se haga demasiado catastrófica, se preconiza la apertura a productos baratos para compensar la subida del IVA. Haciendo eso, se destruyen los empleos que sostenían a estas capas sociales de rentas bajas.

En resumen, diría que una política así es autodestructiva. Incluso si al comienzo el impacto del librecambio sobre el reparto de la masa fiscal es relativamente limitado, crea efectos en cadena. Eso se traduce hoy en la situación siguiente: las clases medias no están dispuestas a aceptar un aumento de la carga fiscal, lo cual influye en los discursos políticos: ningún partido que cuente con las clases medias para gobernar puede permitirse proponer una política que aumente seriamente sus impuestos. En cuanto a aumentar el impuesto indirecto, eso plantea por supuesto problemas del lado del consumo. Y no se puede desplazar la carga fiscal sobre las empresas, porque se

umentaría su mortalidad y por tanto el paro, o se las empuja a irse o a reducir la dimensión, y por tanto a proceder a despidos. Es la combinación de estos efectos en cadena lo que hace que hoy países como Francia o Alemania hayan perdido en gran medida su soberanía fiscal.

También se podrían tasar los movimientos financieros y los recursos financieros. Pero esto sólo es posible si se considera completamente el sistema financiero. En efecto, si se comienzan a tasar ciertos movimientos financieros sin adoptar una política global en una situación de extrema volatilidad de los mercados a corto y medio plazo, se obtendrán resultados contraproducentes. Si se quieren introducir formas de fiscalidad que afecten a los servicios financieros, hay primero que restablecer el control de cambios, encuadrar y controlar los movimientos de capitales a corto y a medio plazo. Lo que equivale a restablecer una especie de proteccionismo. En realidad, se vuelve siempre a la cuestión del proteccionismo en cuanto se intenta pensar la reconstrucción de una verdadera soberanía fiscal en países como Francia, Alemania, Países Bajos, etc.

Louise: ¿En qué condiciones pueden ser contemplados proyectos económicos alternativos a la mundialización neoliberal?

M.H.: Existen dos concepciones de la viabilidad de los proyectos alternativos. En primer lugar una viabilidad económica, que consiste en verificar si no se demandan cosas materialmente estrictamente imposibles: por ejemplo, que todos los asalariados sean pagados como los patronos del Cac40, para lo cual el PIB francés no bastaría. Luego una viabilidad política, que consiste en anticipar las medidas de represalia a las que se va a enfrentar la puesta en marcha del proyecto alternativo. Por ejemplo, en la experiencia de 1982 [*presidencia Mitterrand*], esta anticipación había sido hecha por los diseñadores del Programa Común [*del gobierno PS-PC-Radicales de Izquierda*]. Pero ningún medio había sido puesto en marcha para precaverse de estas medidas de represalia sin embargo previstas: la huelga de inversiones, la huida de capitales... Hay ahí una dimensión de conflicto entre intereses sociales diferentes que hay que construir a nivel político. Así, entre las clases medias y las clases empobrecidas que se intenta a veces oponer, se encuentran puntos de convergencia en la medida en que su situación se pone en cuestión de forma conjunta: sobre las jubilaciones, la evolución de los salarios, la seguridad social, etc.

La distinción importante que hay que hacer es la de los fines y los medios. Los fines, es decir, la transformación social, y las disposiciones, como la protección -una vez más este término no me repugna-, que son medios pero que no deben ser puestos en el mismo plano. Se quiere llevar a cabo una experiencia de transformación social, pero para proteger esta experiencia, habrá que poner en pie medidas coercitivas de ordenación, particularmente en términos de control de los capitales. Y hay que decirlo antes. Pero estas medidas no son un fin en sí: constituyen solamente un medio. Nuestro objetivo es aumentar el bienestar de la gente, repartir de otra forma las rentas, garantizar un cierto número de derechos sociales. Pienso que esta distinción es fundamental en la jerarquía de los diferentes puntos de un programa o de un proyecto.

J.S.: Estoy completamente de acuerdo con Michel Husson. Creo efectivamente que no hay que -incluso si soy hoy un ferviente partidario de medidas proteccionistas- mitificar estas medidas. Se trata de instrumentos, de medios, ni más ni menos. El proteccionismo no ha sido jamás un fin en sí mismo. O entonces se habla de autarquía, pero es otra cosa, y yo no estoy a favor de la autarquía. Así pues esta distinción entre los fines y los medios es absolutamente fundamental.

Un segundo punto con el que estoy enteramente de acuerdo, es que hay que tener una capacidad de anticipación dinámica, comprender bien que la viabilidad política va pareja con la viabilidad económica, y poner en marcha pues medidas que se piensa que son susceptibles de inducir fenómenos de convergencia de intereses entre sectores de la población francesa que queremos unir. Y si insisto tanto en las medidas de tipo proteccionista, es porque ellas permiten ofrecer una

mejora a las capas más empobrecidas sin por ello amenazar a las clases medias con un aumento de presión fiscal. En este sentido, abren un espacio político que permite asociar fracciones muy amplias del espectro social y político francés. Creo que es muy importante disponer de una gama de instrumentos de política económica cuyos efectos directos e indirectos podrían recrear una alianza en el seno del trabajo asalariado e incluir en él a gentes que son actualmente excluidas de él. A partir de ahí, y en particular si se da de nuevo una viabilidad a empleos de baja cualificación subiéndoles a niveles de salarios decentes, se logra por ejemplo romper el desarrollo de la economía paralela en los barrios, de la que se sabe que está en la base de fenómenos de ruptura del orden político y del orden social.

Todos los que exaltan la mundialización pensando que hará desaparecer los empleos de baja cualificación para concentrarnos en los empleos de alta cualificación no se dan cuenta de la imposibilidad de una tal evolución, teniendo en cuenta la dimensión y la población de Francia. Olvidan que esta política tiene por contrapartida el desarrollo de una economía paralela que viene a sustituir a los empleos de débil cualificación que han desaparecido en toda una parte del territorio. Lo que tiene efectos en términos de seguridad y de dislocación social cuyo coste es extremadamente elevado. Es una ilustración de lo que acaba de ser decirse. Hay que pensar viabilidad económica, viabilidad política y yo añadiría viabilidad social. Desde este punto de vista, ciertos instrumentos son necesarios en un momento dado, pero no hay que fetichizarlos. Creo que es importante que tengamos hoy un debate sobre el proteccionismo para hacer saltar un tabú ideológico. Esto no significa que sólo el proteccionismo como tal nos salvará. Es un elemento del que tendremos ciertamente necesidad. Hoy, teniendo en cuenta el clima intelectual, la batalla sobre el proteccionismo va a tomar una dimensión más importante de lo que debería.